

LA REVISIÓN DE LAS RESEÑAS LITERARIAS

Para iniciar la charla me gustaría proponerles unas aclaraciones que tienen que ver con el título y el planteamiento que he determinado tomar para la misma.

La primera tiene que ver con la modificación hecha sobre el encabezamiento, pues como es obvio, estando en un contexto poético, y como tal ahora podríamos estar comenzando a hablar exclusivamente de poesía, la propuesta que se me realizó fue la de hablar sobre la revisión que los poetas hacen de las reseñas. Con el permiso de las autoridades que gobiernan el evento quisiera darme la libertad de no particularizar al análisis que los poetas hacen de este cambio brusco en el modo de hacer de los que hoy en día hablan de los libros, haciéndolo genérico al ámbito de toda la Literatura.

La segunda es que para que mis palabras se fundamenten en un método me voy a ayudar, para establecer el soporte a mis argumentos, de una herramienta científica, en este caso conceptual, que es la que la Historia hace de la revisión con la intención de ofrecerles un rigor analítico que salte sobre la idea de la valoración personal de poeta, de la acción de ser reseñada o de ser lectora de reseñas.

En tercer lugar me gustaría justificar el por qué de esta decisión, que no tiene otro objeto que el de señalar un nuevo camino, desde mi punto de vista degenerativo, que como en su día sucedió con la crítica literaria, haga del artista un preso del articulista, o simplemente, y en el tiempo de las reseñas que es el que estamos viviendo, un acomodado que se solaza con la publicación de su obra y la aparición de la misma en una media columna de la sección de libros de cualquier medio de prensa escrita, es decir, un alienado de la fama o un alter ego de un editor, de un director de periódico, o una síntesis de ambos.

Revisar, desde el punto de vista histórico, es estudiar y reinterpretar lo anterior. La idea de revisar es ambigua. Por un lado, desde el punto de vista científico, es producto de la aparición de nuevas claves documentales que desvelan una realidad diferente de lo que se conocía. Por otro, es fruto de una intencionalidad ajena a lo científico, vinculada a un interés particular, que tiene como deseo redirigir un pensamiento, o proyectar sobre las conciencias, una visión subjetiva de las cosas que, en su aceptación global, diluya la falacia metodológica sobre la que se construyó. La revisión se hace, como herramienta histórica que es, con una disponibilidad de tiempo, lo que el tiempo le concede al propio tiempo, lo que el hombre consigue hacerlo reposar para echar la vista atrás y ojear sin vínculo o pasión lo que se está observando.

Aquí me aparecen algunas conjeturas. La primera es obvia, ¿se puede hacer esa revisión de la literatura en general, y de la poesía en particular? La respuesta trae la segunda. Si,

es posible hacerla y hasta podemos rebosar la charla de ejemplos, pero cuando eso se produce, de lo que estamos hablando, probablemente, es de un ensayo literario, que no es el tema de la propuesta en la que ahora estamos. El ensayo literario, en todo caso, valoriza en unos casos, revaloriza en otros, la actitud, el compromiso, la calidad, el acervo y el contexto histórico-literario de autores y movimientos. El ensayista, a diferencia del crítico literario, comienza su camino por un hilo grueso de funambulista, protegido por una acogedora red. Su objeto es razonar dentro de una variable de elementos que van desde la técnica en el hecho de escribir, hasta el entorno, literario y social, del que escribe. Otra es la distancia obligada que desconecta al autor y su proyecto de su trascendencia o no en el tiempo. Si las prisas y la ansiedad que nos mueven en estos tiempos no obligan, casi no debe de haber, en atención a lo que dije, vínculo personal directo entre el escritor y el investigador para que este pueda auscultar con más tiento su mirada en el tiempo. Es cierto también, que el interés del ensayista es consecuencia de el autor haber entrado en el inmortal espacio de la historia de la Literatura.

Volvamos un poco hacia atrás. Hemos visto lo que significa la labor del ensayista para el autor de obras de literatura, hemos visto la relación del autor con el estudioso que mira hacia atrás. Vengamos al presente y entremos de lleno, casi, en el objeto de la charla. Hablemos sobre lo que antecede a la reseña, la crítica literaria. Si todos tenemos en mente lo que es la reseña, comparémosla con lo que es la crítica literaria. La crítica es el juicio arriesgado, el inmediato y comprometido que hace una valoración sobre la trascendencia de una obra recién salida de las máquinas de impresión. Muchas veces, los críticos son autores literarios propiamente dichos como Luis Antonio de Villena, en España, Ezra Pound que lo fue en distintos espacios geográficos por lo convulso de su pensamiento, y otras son analistas sin obra literaria que han alcanzado enorme prestigio como Wilson Martins dentro de la literatura lusa, en particular la brasileña. El crítico es un personaje dotado de un conocimiento extenso y profundo, un técnico y como tal, por acomodarse al propio significado del término griego, también un artista. Probablemente el crítico honesto es el verdadero confesor del narrador o del poeta. Entre ellos se puede dar una relación de amor-odio que no es necesariamente dialéctica, porque la antítesis del amor, en el arte, no es el odio. Amor y odio no son elementos de conocimiento en el arte, en la literatura, sino que como mucho son contenidos o motivaciones de la obra.

¿Dónde se ha refugiado el crítico? En un espacio muy reducido. Hoy en día el crítico es un ser moribundo dentro del mundo de las letras. Su desierto son revistas como la *New York Review of Books*, en los Estados Unidos, o el *Magazine Littéraire*, en Francia. ¿Quién ha acabado con esa situación de importancia de la que gozaba el crítico? Son varias circunstancias. La crisis del arte, el aburguesamiento social y su consecuente acomodamiento, falta de compromiso e individualismo sin forma, sin teoría y sin objetivos, el progresivo avance de sectores de poder ajenos al buen gusto que invadieron territorios nobles del conocimiento y la sensibilidad para apropiárselos extirpándoles el alma que consigue traducir la voluntad subjetiva en un instante perfecto. Y como dicen muchos analistas, el Estructuralismo, que entró en la Literatura como elemento adjetivo para acabar pervirtiendo la relación, desplazar del centro al objeto literario colocándose como eje sin el menor escrúpulo. Analizar estructuralmente se convirtió en forma de ser de muchos críticos y en contra del paradigma científico de que las verdades de hoy son las mentiras del mañana, pensaron disponer de la llave del conocimiento para poder convertir, aún dentro de su atmósfera voluptuosa, provocadora y racionalmente apasionada, a la Literatura, o mejor dicho, al análisis literario, en una ciencia dura al

modo de la Física o la Matemática. El Estructuralismo creó su propio universo, sus reglas. El Estructuralismo y La Nueva Crítica ganaron la batalla en los pasados '60 a la tradicional crítica literaria ochocentista y todo se tradujo en la idea de "la teoría por la teoría", el nuevo poder crítico se perdió en sus elaboraciones intelectuales, en sus esquemas cifrados dejando las obras en un segundo plano. El Estructuralismo entró en las facultades, en los colegios, obteniendo resultados negativos para la Literatura, provocando un vacío cultural. Los críticos escribían para ellos mismos y el alumno dejó de leer las obras. Los escritores, al final, incapaces de revertir la situación, se acabaron acomodando para escribir al gusto de sus críticos que se complacían justificando, con esa práctica, la realidad de su teoría literaria. Eso nos trae una máxima de otro ámbito que podríamos aplicar aquí: Quien sólo sabe de Literatura, no sabe de Literatura. Por último, otra de las grandes consecuencias que desemboca en una vulgarización del análisis lo ejerce ese nuevo periodismo norteamericano, la mitificación de la venta como criterio de referencia para definir lo bueno y lo malo, el abaratamiento de los costes para cubrir una información, de exclusiva volición informativa, y no formativa, para un lector que no quiere pensar sino que le den el trabajo hecho, para un lector también barato que entiende la Literatura como ocio a la altura de cualquier otro espectáculo. Ahí está el germen de la reseña.

He llegado casi al final y ustedes se preguntarán: Veníamos a escuchar a una persona para que nos hablase de cómo un poeta revisa una reseña y nos ha hablado de ensayistas literarios, de críticos literarios y prácticamente nada de reseñas ¿por qué?

Y les respondo. El proceso de lo que considero vulgarización de la Literatura tiene que ver con diferentes aspectos a los que ya me he referido. Desde el punto de vista de los comentadores de Literatura, el estado actual del proceso de vulgarización se llama reseña. Creo que lo importante no es el sentir individual de una poeta y su sentimiento ante la reseña de su obra sino la situación global en la que nos encontramos, la relación que se establece entre el autor y el comentarista, intentar hacer una valoración, aún con simpleza maniquea, de si esto es bueno o malo, y de cuáles son las causas que determinaron esta situación. Es por eso que intenté llevar a cabo una visión global y comparativa del ensayista, del crítico, y seguidamente del reseñista, pues entiendo que es más productivo hacerlo de esta manera que sólo hacerlo desde la perspectiva solitaria de uno de los gremios de la Literatura, el más antiguo de todos, el de los poetas.

La sociedad, el poder, la estructura –y me perdonen por la palabra después de lo dicho anteriormente– de lo literario está gobernada por valores ajenos a lo artístico. El modelo social y económico de los países hegemónicos es un animal que precisa devorar lo que encuentra a su paso convirtiendo su territorio en un desierto. La Literatura está siendo víctima de un otro Leviathán. El monstruo, para subsistir, necesita crear estructuras semejantes a las que lo mueven, es enemigo de lo diferente, primero fueron los territorios físicos que descolonizó cuando estableció en ellos su forma de entender la vida, después fueron las visiones del mundo que quedaban en su interior sabiendo que era cuestión de tiempo.

¿Por qué estamos en el tiempo de la reseña? Porque en una crisis la gente no toma riesgos, porque la gente se vuelve temerosa y conformista. Porque la reflotación de los valores se consiguen a través de una revolución o del proteccionismo conservador. Esta, la segunda, es la vía que se ha tomado, el de la reducción de costes, el de la reducción de exigencias, el de la reducción del ingenio, el de la reducción del compromiso. Y se preguntarán: ¿Para quién puede ser bueno todo esto? Para el escritor acomodado, para el

editor, para el dueño de un periódico y hasta para el consumidor diletante que disfraza el conocimiento con el acúmulo de nombres, títulos y contenidos trillados, pero no para la Literatura ni para el autor que tenga ambición de creador. Un poeta, un narrador, sólo puede ser removido en su vanidad ante una reseña, la vanidad del que es nombrado, del que se aparece ante una sociedad, pero en ningún caso va a poder sentir que su obra, si buena, sea proyectada en la medida de su merecimiento. La reseña es igualadora, y su rasero es en lo bajo, porque un reseñista puede ser cualquiera, el común de los mortales puede hacer una reseña porque en ella sólo se ofrecen contenidos, no valoraciones. Por eso la reseña es barata, porque el reseñista es en realidad un resumista que también satisface al editor porque el interés de este, ante la enorme dilatación de los agujeros del tamiz, y es que hoy se publica de todo sin importar que sea bueno o malo, le permite una divulgación a coste reducidísimo de su producto en los *media*. La reseña, para el editor, es otro modo de lanzamiento de sus libros, de publicidad a bajo coste y el reseñista es, simplemente, un rudo bastón en manos de su jefe al que no se le van a exigir aparatos técnicos y un corpus teórico, definido y elaborado que justifique unas valoraciones que, en la pluma de dicho resumista, no se van a encontrar.

Esa es, en definitiva, más que mi visión de incipiente escritora cuando veo reseñas de cualquiera de mis libros, o de otros autores, en la prensa o en revistas, mi impresión sobre el estado actual en el que se encuentra esa parte, hasta hace poco crítica, de la Literatura. Creo que la reseña no satisface las necesidades de progreso que deben de ser exigidas a un autor, no es capaz de elevar el nivel intelectual de un lector que precisa de una antesala para acceder a una obra literaria, cuanto más si ella tiene profundidad y, como he reiterado en varios momentos, no hace más que vulgarizar el hecho literario.

Branca Vilela